

## LA GUARDIA DE HIERRO RUMANA EN LA PRENSA ESPAÑOLA

Julio Ponce\*  
Pablo Selma\*\*

Recibido: 20 Abril 2010 / Revisado: 24 Abril 2010 / Aceptado: 10 Mayo 2010

Durante el período de entreguerras Europa conoció el surgimiento de diferentes movimientos fascistas en buena parte de su geografía. Aquellos movimientos se caracterizaron por una mezcla de pragmatismo e irracionalidad de difícil definición conceptual. Compartieron todos ellos, no obstante, una serie de características comunes en las que conviene detenerse para no confundirlos con otros movimientos y regímenes –de rasgos tan conservadores como autoritarios– con los que coincidieron en la Europa de la primera mitad del siglo XX.

De manera destacada, todos los fascismos mostraban una adhesión a una filosofía vital e idealista, que entrañaba la intención de crear una nueva cultura dirigida a la configuración de un nuevo hombre y un nuevo concepto de Estado, nacionalista y totalitario, capaz de controlar todos los aspectos de la vida. Pero esta utopía final encerraba una vaguedad importante por la propia naturaleza del fascismo, porque el vitalismo y el dinamismo ya mencionados remitían a una movilización permanente, en principio incompatible con la consecución de una meta claramente precisada. Y, de hecho, la indefinición constituía uno de los elementos clave del atractivo fascista. Tan sólo se señalaban características muy generales de su modelo, como una estructura económica nacional –altamente reglada– o una nueva relación entre las partes del conjunto social. Este ideario revolucionario nada tiene que

ver con la reacción de los movimientos conservadores del momento que, en el fondo, buscaban apuntalar los gastados sistemas liberales a golpes de autoridad. También eran ajenos al culto a la violencia y a unos estilos de movilización de masas que, como mucho, tan sólo podían copiar<sup>1</sup>.

Dentro del marco descrito, vale la pena destacar cuatro movimientos que muestran diferencias con respecto a los parámetros del fascismo y, por extensión, del nazismo. Nos referimos a la *Guardia de Hierro* rumana, los *rexistas* del belga Leon Degrelle, los *ustachi* croatas y el régimen eslovaco de Tiso. Todos ellos incorporaron un sentimiento cristiano –bien católico, bien ortodoxo– que marcó la esencia ideológica de estos grupos en diverso grado. Tal es el caso de Eslovaquia, una vez escindida de la anexionada Chequia. En julio de 1939 se promulgó una Constitución que se basaba en la “ley divina” y proclamaba la “unidad cristiana nacional”, propugnando un nuevo orden socioeconómico que se basaba en el “solidarismo cristiano”. Pocos meses después, Josef Tiso, antiguo párroco de Banovce, fue nombrado presidente del Partido de Unidad Nacional. Aunque su ideario se aproximaba más al de la derecha reaccionaria que al del fascismo puro, el partido conoció una progresiva nazificación de la mano del ministro de Exteriores, Tuka, y del de Interior, Mach. Ideario fascista y católico, pues, conocieron una difícil convivencia

\* Universidad de Sevilla. E-mail: jponce@ms.es.

\*\* Universidad de Sevilla. E-mail: selmapaez@hotmail.com.

<sup>1</sup> No es este el lugar para realizar un estado de la cuestión sobre un tema tan complejo como es el de los fascismos. Una interesante reflexión con enlaces bibliográficos en Saz Campos, Ismael, *Franquismo y Fascismo*. Valencia, Universitat de València, 2004, en especial el capítulo “Repensar el fascismo”, 99-122. Sobre las dictaduras de la Europa de entreguerras: Borejsza, Jerzy W., *La escalada del odio. Movimientos y sistemas autoritarios y fascistas en Europa, 1919-1945*. Madrid, Siglo XXI, 2002; Lee, Stephen J., *European Dictatorships, 1918-1945*. Abingdon, Routledge, 2008. Todo un clásico, valioso por su precocidad pero sobradamente superado: Sforza, Carlo, *European Dictatorships*. Allen and Unwin, 1932.

en un régimen que terminó por rendirse al conservadurismo a partir de la batalla de Stalingrado.

También el movimiento Ustacha de Croacia otorgó gran importancia a su identidad católica. Su líder, Ante Pavelic, concebía una Croacia en la que se mezclaba un agrarismo romántico con una forma de “nacional catolicismo” genuina. El catolicismo se convirtió así en un elemento diferenciador frente a ortodoxos y judíos, pasando a ser un rasgo tan ideológico como identitario.

El rexismo, por su parte, tuvo sus orígenes en la derecha católica belga, aunque sostendría un enfrentamiento creciente con la jerarquía eclesiástica justo en la medida en que se fue aproximando a ella. No obstante, el líder fundador del movimiento, Leon Degrelle, nunca renunció a su fe católica: “De niño –llegó a afirmar– me sentía como en familia con lo Eterno [...] Más fuerte que nada [...] Si hubiera seguido mi verdadera vocación, la que siempre me ardió en el interior, hubiese sido un conquistador de almas [...] Sólo concebí lo temporal como un añadido de lo espiritual”.<sup>2</sup>

Pero fue la Guardia de Hierro rumana la única organización fascista que hizo del cristianismo la base de su ideario y su principal característica, llegando a un misticismo tal que definió el comportamiento de sus miembros y los diferenció claramente del resto de los movimientos fascistas. El lenguaje que empleaba su líder y fundador, Corneliu Zelea Codreanu, era el de un iluminado religioso, y las exigencias que debían cumplir los legionarios (ayuno, pobreza, oración, obediencia) eran más propias de una orden religiosa que de una organización política. A la hora de definir su concepción de la política, Codreanu escribió: “El individuo, encuadrado y al servicio de su nación. La nación, encuadrada y al servicio de Dios y de las leyes de la divinidad. Quien comprenda esto vencerá, aunque esté solo. Quien no lo comprenda será vencido”<sup>3</sup>. Palabras tales reflejan un auténtico catecismo nacio-

nalista cuyo fin último no era la vida, sino la Resurrección: una raza rumana unida y sentada a la derecha del Padre<sup>4</sup>. Este radicalismo despertó los recelos de la Iglesia ortodoxa. Y es que a este misticismo Codreanu sumaba un fuerte elemento pagano y supersticioso. El concurso de las fuerzas de otro mundo a favor de los fines de la Guardia de Hierro era para los legionarios un hecho cierto. Al respecto, traemos a colación un texto de Codreanu que consideramos significativo: “Las guerras las vencen aquellos que han sabido atraer de los cielos las fuerzas misteriosas del mundo invisible y asegurarse el concurso de estas fuerzas. Estas fuerzas misteriosas son los espíritus de los muertos, los espíritus de nuestros antepasados, los que han estado también en otro tiempo, ligados a nuestra tierra y han muerto en defensa de ella, permaneciendo todavía hoy ligados a ella por el recuerdo de su vida terrestre y por intercesión nuestra, sus hijos, nietos y bisnietos. Pero más allá del espíritu de los muertos está Dios”.<sup>5</sup> No obstante, a pesar de este esoterismo, y a diferencia de los rexistas, Codreanu y los suyos defendieron siempre la importancia de la jerarquía eclesiástica, que alcanzaba “la perfección y lo sublime”, frente a ellos mismos, lastrados por los pecados y la carne<sup>6</sup>.

Frente a semejante ideología, ¿qué actitud tomó la prensa española del momento ante estos movimientos? ¿Los identificó con el partido único español? ¿Hubo diferentes apreciaciones de la Guardia de Hierro por parte de los diferentes periódicos? Podemos adelantar que las noticias referidas tanto a Rumania como a la Guardia de Hierro recibieron una mayor atención por parte de los rotativos españoles que las que aludían a los otros tres movimientos señalados. Las cifras son claras: en el período que nos ocupa, los años de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), Rumania fue motivo de 392 titulares, mientras que Bélgica apareció en 55 ocasiones, Eslovaquia en 56 y Croacia en 64<sup>7</sup>. ¿A qué se debió este mayor interés?

<sup>2</sup> Charlier, Jean-Michel, *Leon Degrelle. Firma y rúbrica*. Madrid, Dyrsa, 1986, 31.

<sup>3</sup> Zelea Codreanu, Corneliu. *Guardia de Hierro. (Para los legionarios)*. Madrid, Editora Nacional, 1941, 68.

<sup>4</sup> “La creación, la cultura, son un medio, y no, como se ha creído, un fin para obtener esta resurrección; son frutos del talento que Dios ha sembrado en nuestra raza, y del cual debemos responder. Vendrá un día en el que todas las razas de la tierra resurgirán con todos sus muertos y con todos sus Reyes y Emperadores, y cada raza tendrá su puesto ante el trono de Dios. Este momento final, la resurrección de los muertos, es el fin más alto y más sublime hacia el que puede tender una raza. [...] La raza, por consiguiente, es una entidad que prolonga su vida todavía más allá de la tierra; las razas son también realidades en el otro mundo, no solamente en éste”. *Ibid.*, p.370.

<sup>5</sup> Zelea Codreanu, Corneliu, *Manual del Jefe*. Barcelona, Editorial Nothung., 1984. p. 37

<sup>6</sup> Zelea Codreanu, Corneliu, *Guardia de Hierro...* op.cit., p. 359.

<sup>7</sup> Los periódicos consultados han sido: *ABC, El Correo de Andalucía, FE, Arriba y Ya*, además de otras publicaciones como *Misión, Razón y Fe, Hechos y Dichos, Ecclesia o El Mensajero del Corazón de Jesús*.

## 1. LA GUARDIA DE HIERRO O EL FASCISMO MÍSTICO DE RUMANIA. UNA BREVE SÍNTESIS

A la hora de describir la historia de un grupo fascista, es común que ésta vaya estrechamente relacionada con la de su líder y fundador. Esto no es una excepción en el caso de la Guardia de Hierro, y su desarrollo no se entendería sin la biografía de Corneliu Zelea Codreanu, conocido como *El Capitán*, cuyo carácter y pensamiento impregnaron la teoría y praxis del movimiento<sup>8</sup>. Corneliu nació en Huși el 13 de septiembre de 1899. Ya con dieciséis años demostró su nacionalismo y apasionamiento al intentar alistarse en el regimiento donde combatía su padre, el profesor ultranacionalista Ion Zelea, aunque fue rechazado por su corta edad. En septiembre de 1917 ingresó en la Escuela Militar de Infantería de Botosani con la esperanza de terminar sus estudios a tiempo de regresar al frente, pero cuatro meses después Rumania firmaba el armisticio.

En 1919 Codreanu marchó a Iasi para comenzar sus estudios de derecho. Allí se adhirió a la Guardia de la Conciencia Nacional, grupo antirrevolucionario encabezado por el fontanero Constantin Pancu, a quien Codreanu describió como muy religioso, sin apenas cultura y de gran fuerza física. El ideario del grupo se definía como “socialismo nacional-cristiano”<sup>9</sup> Y ya por entonces Codreanu comenzó a propugnar algunos rasgos básicos del movimiento que años después habría de fundar: nacionalismo radical, atención prioritaria al campesinado, propuestas para crear una ayuda social a los rumanos puros, y sobre todo, el uso de un lenguaje místico y de una violencia extrema.

A lo largo de su carrera académica, Codreanu disfrutó de la protección del profesor Alexandru C. Cuza, feroz teórico del antisemitismo rumano, fundador del Partido Nacional Demócrata y amigo personal de su padre. Su prestigio en los círculos antisemitas rumanos y sus contactos políticos fueron fundamentales para crear y dirigir, a partir de marzo de 1923, la Liga para la Defensa Nacional Cristiana (LANC). Pocos meses más tarde, fue detenido junto a varios compañeros por planear un atentado contra diversas personalidades rumanas que, según ellos, estaban al servicio del judaísmo.

Un año después, Corneliu disparó en pleno tribunal a un prefecto, un inspector y un comisario. Esta violencia no hizo sino dar popularidad al joven dirigente, que fue absuelto en mayo de 1925 por un jurado que simpatizaba con la Liga.

Al año siguiente se produce la ruptura entre Cuza y Codreanu, al apoyar el primero al gabinete del general Averescu. Fue por ello por lo que, en junio de 1926, Codreanu fundó la Legión San Miguel Arcángel, el núcleo doctrinal de la futura Guardia de Hierro. La Legión nació sin un programa previo, sin mucha proyección pública, sin estructura, sin medios y con un escaso programa. Su escasa viabilidad y el cambio de contexto favorecieron, en junio de 1930, la fundación de la Guardia de Hierro, una organización creada ya para llegar a las masas ampliando la militancia más allá de los incondicionales —pero limitados— legionarios. No obstante, la Legión San Miguel Arcángel figuraría como símbolo distintivo y fuente de estilo e ideología, aunque la Guardia aspirará a un contacto directo con los rumanos. En estos años surgieron en Rumania varios movimientos de corte fascista y de extrema derecha, pero de todos ellos era la Guardia de Hierro el más original y dinámico.

Para las elecciones de 1932, los seguidores de Codreanu habían conseguido ya 70.000 votos y cinco escaños en el parlamento. El nuevo gobierno surgido de aquellos comicios apenas duró unos meses y el rey Carol II decidió llamar al Partido Nacional Liberal de Ion Duca en noviembre de 1933, convocando elecciones para el 20 de diciembre. Inmediatamente empezó la Guardia de Hierro a organizar marchas a pie por las aldeas, enarbolando un discurso genérico, un sintético programa de doce puntos y un estilo violento especialmente dirigido contra las fuerzas de seguridad estatales. Días antes de las elecciones, el gobierno de Duca declaró ilegal a la Guardia de Hierro, encarcelando a miles de legionarios. Tras la victoria de los liberales, comenzaron a ser liberados. Y la respuesta de la Guardia de Hierro no se hizo esperar: el día 29, Duca fue asesinado por tres legionarios, los cuales declararon posteriormente que actuaron al margen de las órdenes de Codreanu, lo que mantuvo al líder fundador al margen de las sentencias condenatorias.

<sup>8</sup> Para una historia de la Guardia de Hierro: Veiga, Francisco, *La mística del ultranacionalismo: historia de la Guardia de Hierro. Rumanía, 1919-1941*. Barcelona, Universitat Autònoma, 1989.

<sup>9</sup> Zelea Codreanu, Corneliu. *Guardia de Hierro...* op.cit., 43.

Pero no habría de pasar mucho tiempo antes de que se convocaran de nuevo elecciones. En diciembre de 1937 Codreanu y la organización con la que se presentó, Totul Pentru Tara, consiguieron el 15,5 % de los votos, convirtiéndose en la tercera fuerza política del país, por detrás de los liberales y del Partido Nacional Campesino. Tras un efímero gobierno, el rey Carol decidió instaurar una dictadura, mediante un gabinete presidido por el patriarca Miron Christea. No le faltaban motivos al nuevo régimen autoritario para considerar a la figura de Codreanu como una amenaza; el 17 de abril de 1938 acabó encarcelándolo junto con otras decenas de legionarios. Mientras los principales líderes legionarios estaban en la cárcel, surgieron otros como Horia Sima, que perpetró una serie de atentados antisemitas en Transilvania con el fin de provocar un levantamiento popular que se opusiera a la dictadura carolina.

Para erradicar definitivamente los riesgos de desestabilización, Carol II decidió eliminar a Codreanu: el *Capitán* y otros catorce legionarios fueron asesinados el 30 de noviembre de 1938. Según la versión oficial, todos ellos habían intentado escapar en un traslado de prisioneros, aprovechando una emboscada. Tras descabezar a la Guardia de Hierro, se desató una amplia represión para limpiar el país de aquella amenaza. Así, al asesinato del ministro del Interior, Armand Calinescu, por parte de tres legionarios siguió el fusilamiento de 252 miembros de la organización. Sólo el estallido de la guerra mundial y la presión política de Alemania frenaron aquel baño de sangre: la Guardia de Hierro fue rehabilitada el 21 de junio de 1940.

Meses después, tras el Dictado de Viena<sup>10</sup>, Rumania se vio obligada a ceder Besarabia, los distritos del sur de la Dobrogea y todo el norte y centro de Transilvania. El descrédito del rey Carol era ya irreversible y el tres de septiembre los legionarios salieron armados a la calle. Aunque el levantamiento fracasó, el rey se vio obligado a crear un gabi-

ne dictatorial con el general de extrema derecha Ion Antonescu al frente. Tres días más tarde, éste forzó la abdicación del rey a favor del heredero Mihail. El 14 de ese mismo mes nació el Estado Nacional-Legionario. La Guardia de Hierro, con Horia Sima al frente, se vio convertida en el partido único del nuevo régimen. Las causas fueron varias. Por una parte, el estamento militar había perdido popularidad tras los Dictados de Viena. Por otra, los legionarios y Antonescu habían colaborado para destituir a Carol, siendo la amenaza de un atentado de aquellos contra el monarca el argumento que facilitó su renuncia. Tampoco conviene olvidar el apoyo popular que disfrutaba la Guardia de Hierro, ni su filonazismo, que permitiría olvidar el pasado pro aliado de Antonescu frente a los alemanes. Éstos fueron tomando importancia en los asuntos internos de Rumania pero, por estrategia, preferían la estabilidad de un modelo autoritario como el de Antonescu que apoyar un movimiento hermano, pero inestable y mal organizado, como era la Guardia de Hierro.

En esas circunstancias se entiende que pronto surgieran tensiones porque los legionarios no compartían las orientaciones del conservador Antonescu. Después de varios sucesos, el enfrentamiento estalló finalmente con motivo del asesinato del mayor alemán Döring. Aunque el autor fue un mercenario griego, para ambos bandos fue la señal de que el desorden era inevitable por culpa de la provocación de los otros. Antonescu hizo dimitir a cargos legionarios y éstos respondieron con un levantamiento, fortificándose a lo largo de la noche del 20 de enero de 1941 en puntos clave de la capital y de otras ciudades destacadas. Confiaban ingenuamente en la ayuda de los alemanes, quienes finalmente apoyaron a Antonescu<sup>11</sup>. Tras duros enfrentamientos, a las cinco de la madrugada del día 25, Horia Sima tuvo que declarar el alto el fuego. Habían muerto 356 legionarios, 120 judíos y unos 2.000 civiles no afiliados. Estos sucesos supusieron el final de la Guardia de Hierro. Horia

<sup>10</sup> Acuerdo alcanzado el 30 de agosto de 1940 por Ribbentrop y Ciano con representantes húngaros y rumanos, por el cual Rumania se vio obligada a ceder gran parte de su territorio. Se pretendía de este modo acabar con las tensiones en la zona entre Rumania y Hungría, ya que una posible guerra entre ambos países ponía en peligro el suministro del petróleo rumano a los alemanes.

<sup>11</sup> En un editorial de La Vanguardia fechado el 26 de enero de 1941, Ramón Garriga aclaraba el motivo de esta actitud de los nazis ante un movimiento "hermano": "Estos hombres, curtidos en la lucha en las calles, se olvidaron de que la norma que con tenacidad inquebrantable ha perseguido la diplomacia germánica, en relación con los Balcanes, ha sido que la paz y el orden no fueran perturbados en esta zona europea. Con la figura enérgica del general Antonescu ve Berlín la garantía de que Rumania irá mejorando paulatinamente".

Sima fue condenado a trabajos forzados a perpetuidad y el 29 de marzo el Gobierno confiscó los bienes del movimiento.

El fantasmagórico gobierno legionario en Viena presidido por Horia Sima, formado el 10 de diciembre de 1944, cuando Rumania ya había cambiado de bando en la guerra, no fue sino el último destello de los legionarios, divididos entre “simistas” y “antisimistas”. Hasta abril de 1945 ayudaron a reclutar soldados rumanos entre los prisioneros. El final de la guerra supuso el exilio para muchos y los esfuerzos que se llevaron a cabo para revivir la organización en el exilio no consiguieron sus objetivos. Horia Sima desapareció con documentación falsa, llegando a España tras una huida de más de un año a través de Europa.

## 2. LA GUARDIA DE HIERRO EN LA PRENSA ESPAÑOLA. DOS INTERPRETACIONES DE UN MISMO MOVIMIENTO

Rumania recibió una especial atención por parte de los rotativos españoles en los años de la II Guerra Mundial. Era común en todos ellos subrayar las coincidencias históricas y el hermanamiento de ambos países. Eran los primeros años del régimen franquista que acababa de salir de la guerra y las manifestaciones de sintonía abundaron tanto durante el reinado de Carol II como en el régimen de Antonescu posterior a la caída de los legionarios. El ministro carolino Constantino Giurescu, por ejemplo, afirmó en una entrevista concedida a un diario español que “las preocupaciones actuales de Rumania establecen una solidaridad concreta con la España victoriosa de Franco. A las afinidades raciales y a los recuerdos históricos, que se refieren al fundador mismo de la Dacia rumana, el emperador Trajano, originario de España, hay que añadir una ideología política semejante”<sup>12</sup>. Por su parte Gregorio Gafencu, ex ministro de Asuntos Exteriores de Rumania y ex embajador de su país en Moscú, escribió: “Esos dos países latinos, situados en los extremos del Continente, han sufrido por igual, en su espíritu y en su carne, el choque devastador de

las grandes corrientes que han conmovido el mundo en los últimos tiempos. Hoy aspiran, con idéntico fervor, al restablecimiento de los valores esenciales de una civilización común; desean la consecución de un equilibrio político y moral, la organización de un orden jurídico universal y, en una esfera más restringida, el retorno a la idea europea”<sup>13</sup>.

El socorrido recurso a la remota ascendencia histórica común también vio la luz de nuevo con motivo de una recepción a un grupo de periodistas españoles que visitaron Rumania en octubre de 1941. El vicepresidente del gobierno rumano, Michael Antonescu, puso de relieve “los lazos que unen a España y Rumania, tanto por su común ascendencia histórica –Roma– como por la labor realizada por el emperador de nacimiento español Trajano en tierras rumanas, como, finalmente, por su común lucha contra el comunismo y la labor reestructuradora que actualmente llevan a cabo ambos Estados”<sup>14</sup>.

Todas las publicaciones españolas coincidían en los rasgos más genéricos de las relaciones entre España y Rumania. Pero ni el régimen de censura y ni las consignas dominantes entonces lograron impedir la existencia de percepciones tamizadas y valoraciones distintas sobre el régimen de Antonescu y la Guardia de Hierro. Al respecto, podríamos distinguir dos grandes grupos en la prensa española: el organizado en torno a las publicaciones católicas, por un lado, y las publicaciones de ideario fascista pertenecientes a Falange.

### 2.1. La prensa católica

En este primer grupo, encontramos un claro ejemplo de la postura de los rotativos vinculados a la Iglesia en un extenso artículo publicado por Jesús Etayo Zaldueño en la revista *Misión* en noviembre de 1939, dedicado a la organización de Codreanu. En él, el periodista afirmaba que el movimiento, “con violencias sorelianas y con sentido místico y religioso del patriotismo”<sup>15</sup>, era una consecuencia lógica de la situación que vivía el país. Conquistada por Trajano, e influenciada por la cultura latina, en Rumania habría pervivido “el sentido, el genio nativo de las viejas razas que el Imperio no destru-

<sup>12</sup> *Arriba*, 30 de abril de 1940.

<sup>13</sup> *Arriba*, 9 de marzo de 1945. Artículo de Manuel Aznar.

<sup>14</sup> *Arriba*, 23 de octubre de 1941. Agencia: Efe.

<sup>15</sup> Etayo Zaldueño, Jesús. “En la Rumania que creó el español Trajano. La organización ‘Guardia de Hierro’ acaudillada por Corneliu Codreanu. Un movimiento con violencias sorelianas y con sentido místico y religioso del patriotismo. Reacción contra el demoliberalismo y el cesarismo del Rey Carol. Codreanu, héroe nacional perdurable”. *Misión*. Noviembre de 1939.

yó ni destituyó”<sup>16</sup>. Esta supuesta realidad de raíces históricas, unida a un parlamentarismo decadente, tenía por fuerza que suscitar un movimiento “saludable y [de] santa rebeldía”<sup>17</sup>. El autor continuaba su soflama pro legionaria justificando el asesinato por parte de Codreanu –“lleno de fuego juvenil”<sup>18</sup>– del prefecto de policía Manciu, “miserable y abyecto esbirro del Gobierno podrido de Rumania”<sup>19</sup>. Para Etayo, el posterior proceso contra el líder legionario sirvió para demostrar la difusión de su movimiento, en vista del multitudinario apoyo que recibió.

“Él –decía Etayo Zalduendo refiriéndose a Codreanu– utilizaba métodos heroicos, algunos de violencia soreliana, que nunca podríamos, desde un punto de vista moral estrictamente católico, aprobar. Pero la rebeldía de la Guardia de Hierro fundamentalmente estuvo justificada. Vigente en Rumania una Constitución garantizadora de todas las libertades, de reunión, de prensa, de asociación, de palabra, sin distinción ni reserva alguna podían en Rumania propagarse las ideas disolventes más extremadas y el elemento semita desplegar sus actividades con holgura que jamás fue permitida a la ‘Guardia de Hierro’”<sup>20</sup>.

El movimiento codreanista era un partido “integral” con “una concepción religiosa de la vida política”, dotado de una intensa animadversión hacia el demoliberalismo y un sentido monárquico que venía a casar muy bien con las directrices de la prensa católica española<sup>21</sup>. Sintonizaba relativamente con el antiliberalismo y el corporativismo, pero en especial destacaba “su forma de agrupación religiosa muy acorde con las circunstancias étnicas e históricas de Rumania [...] pues Rumania no es un país latino sino en su corteza y persisten en él [...] elementos orientales”<sup>22</sup>. Más aún: la vida y muerte del “Capitán” Codreanu confirió un mayor sentido ascético y místico al movimiento, al ascender aquél a la categoría mítica de héroe. Jesús Etayo lo quiso interpretar en los siguientes términos:

“Así es. Y Codreanu, el héroe, creador de un misticismo patriótico en la Rumania abigarrada, que sobrevive por encima de la romanización que le impuso Trajano y que sobrevivirá al demoliberalismo latino, allá como en todas partes en quiebra, obtendrá, un día, ritos de exaltación reparatoria. El rumano de estirpe quizá oriental, con sentido religioso totalizador, recordará a Codreanu, el héroe, y las máximas de su Catecismo mejor que las fórmulas del exótico y bastardeado demoliberalismo latino”<sup>23</sup>.

Precisamente era ese “sentido totalizador” de la religión lo que más atraía los entusiasmos de aquella publicación católica. No en vano, el programa de la Guardia de Hierro se calificaba de “Catecismo”, estableciendo un contraste deliberado con otros movimientos fascistas a los que se tachaba de ser “movimientos adulterados, apenas nacidos, por la conquista quizá demasiado vertiginosa del mando”<sup>24</sup>.

Este singular apoyo por parte de los rotativos católicos españoles alcanzó un incondicional máximo entre dos fechas muy concretas: desde la abdicación del rey Carol y la toma del poder por Ion Antonescu junto a la Guardia de Hierro (6 de septiembre de 1940) hasta el 23 de enero de 1941, cuando el “Conducator” eliminó del Gobierno a la organización de Horia Sima. A lo largo de estos pocos meses encontramos referencias a la Guardia de Hierro y a sus aspectos más cristianos en las páginas de estos periódicos. Pero desde la caída de la Guardia, la atención se trasladaría de la religiosidad legionaria a la fe del propio pueblo rumano.

El diario *Ya*, por ejemplo, publicó un pequeño semblante de Codreanu junto a la noticia que informaba de los fusilamientos en la prisión militar de Jilava de noviembre de 1940. Al líder desaparecido en 1938 se le definía como “una figura legendaria, verdadero símbolo de la pasión del pueblo

<sup>16</sup> Ibid.

<sup>17</sup> Ibid.

<sup>18</sup> Ibid.

<sup>19</sup> Ibid.

<sup>20</sup> Ibid.

<sup>21</sup> Ibid.

<sup>22</sup> Ibid.

<sup>23</sup> Ibid.

<sup>24</sup> Ibid.

rumano<sup>25</sup>, que “organizó a los estudiantes contra el comunismo y el judaísmo, con un fervoroso carácter nacionalista y religioso”<sup>26</sup>. Pocos días antes, la publicación católica *Signo* se había hecho eco de un suelto del “Frankfurter Zeitung” radiado por Radio Vaticana “sobre el espíritu interior que anima al movimiento rumano llamado ‘legionario’”<sup>27</sup>. En él se recordaba al movimiento legionario como “una renovación moral del rumano y no un partido político; quería ser una asociación forjada de hombres; pretendía tener algo de orden religiosa que estuviese dispuesta a todos los sacrificios para la renovación de su pueblo”<sup>28</sup>. Y se recordaba el fin político de Codreanu, inspirado en la visión apocalíptica de San Juan sobre la congregación de los “pueblos” alrededor de Dios. Obviamente, Codreanu no se refirió a “pueblos” sino a “razas”, pero la prensa católica disfranzó convenientemente el detalle y volvió a remarcar los aspectos que más le interesaban: “Del mismo pensamiento cristiano arranca su concepción de amor al prójimo, que debe dominar en sus legionarios”<sup>29</sup>.

En esta prensa, por tanto, se exaltaba la figura de Codreanu, de la que se destacaban sólo los rasgos más religiosos, ocultando los ángulos más fascistas. Quien conociera al Capitán únicamente por estos textos podría pensar que se trataba de una figura eminentemente reaccionaria, alejada de las teorías revolucionarias fascistas. Incluso se llegaba a traslucir una cierta idea de movimiento pacifista, al señalar el amor al prójimo que los legionarios debían profesar. Y ya hemos visto cómo en *Misión* se describía y justificaba la peculiar forma de entender la piedad cristiana que tenían los legionarios.

No obstante, a partir de enero de 1941, las publicaciones católicas modularon sus referencias a Rumania por cuanto en aquel país se instaló un

régimen conservador que se deshizo de la Guardia de Hierro. Esto facilitó la tarea de las publicaciones católicas a la hora de hablar de Rumania. Repentinamente, comenzó a ocultarse cualquier referencia a la Legión, y la admiración que antes se había manifestado por el “místico y patriota”<sup>30</sup> Codreanu se trasladó a la fe del pueblo rumano y a la protección que el régimen de Antonescu brindaba a la Iglesia en Rumania<sup>31</sup>.

Esa traslación del enfoque no se limitó a la Iglesia española; en la prensa católica de nuestro país, también la jerarquía rumana –antao tan ferviente exaltadora de la figura de Codreanu<sup>32</sup>– tomó aparentemente la misma postura. Lo vemos, por ejemplo, en un artículo escrito para *Ecclesia* por Alexandro Th. Cisar, Arzobispo de Bucarest y Primado de Rumania. En él se subrayaba, una vez más, la hermandad entre la historia rumana y la española a lo largo de los siglos, en constante lucha contra los invasores paganos. Y, sobre todo, la misión común que ambas naciones tenían frente al enemigo del momento, el comunismo. “Rumania –escribía Th. Cisar– se encuentra hoy en lucha encarnizada con la furia y el torrente del bolchevismo [...] “¡Con Dios hacia delante!” Es el grito de lucha de nuestros soldados, que prefieren morir en el campo de batalla a dar un paso hacia atrás”<sup>33</sup>. Se subrayaba pues la cristiandad añeja de Rumania, su compromiso en la lucha contra el comunismo y la confianza de que la fe triunfaría como antes había triunfado en España<sup>34</sup>. Las alusiones a la Guardia de Hierro se iban desvaneciendo.

La publicación jesuita *Razón y Fe* publicó en 1944 un artículo del sacerdote rumano Francisco Pall S.I., referido también a la histórica lucha de Rumania en la frontera oriental. “Aquí han vivido los Dacios y los Getas, antepasados de este pueblo,

<sup>25</sup> *Ya*. 29 de noviembre de 1940.

<sup>26</sup> *Ibid.*

<sup>27</sup> “Del pensamiento de Codreanu”. *Signo*. 16 de noviembre de 1940.

<sup>28</sup> *Ibid.*

<sup>29</sup> *Ibid.*

<sup>30</sup> *Ibid.*

<sup>31</sup> Tan sólo se recuerda a Codreanu en dos artículos de Ernesto la Orden Miracle, en los que se hace referencia al “llorado jefe de la Guardia de Hierro” (*Ecclesia*. 15 de diciembre de 1941) y se le define como “hombre de fe sincera y alma ardiente” (*Ya*. 30 de diciembre de 1941).

<sup>32</sup> Señalemos al respecto que, de los diez mil sacerdotes existentes en Rumania, dos mil llegaron a pertenecer a la Legión.

<sup>33</sup> Th. Cisar, Alexandro. “Rumania, en la lucha con los enemigos de la Cristiandad”. *Ecclesia*. 62. 19 de septiembre de 1942, 14.

<sup>34</sup> *Ibid.*

y aquí, en torno a los Cárpatos, con Transilvania en el corazón, se han desarrollado y mantenido durante miles de años de guerras cruentas, de invasiones de hordas asiáticas, de grandes desgracias, en el sentimiento y en el amor de la latinidad<sup>35</sup>. Se le otorgaba así una dimensión milenaria a la guerra contra Rusia: “El 22 de junio de 1941, los ejércitos reorganizados por el mariscal Antonescu emprenden la gigantesca lucha contra la Rusia soviética. El generoso entusiasmo mostrado en esta ocasión por toda la nación rumana ha sido una manifestación general de ese pueblo que desde hace dos mil años no ha visto venir del Este más que desgracias<sup>36</sup>. Entusiasmo por la gestión de Antonescu y admiración hacia el pueblo rumano. Pero, de nuevo, resultaba llamativo el olvido que la Guardia de Hierro sufría en estos artículos. Como si nunca hubiera existido.

Los periódicos españoles católicos mostraban su entusiasmo con el régimen de Antonescu y las ceremonias religiosas en las que participaban los principales dirigentes nacionales. El diario *Ya*, por ejemplo, informaba de que, con motivo de la Epifanía, se había celebrado la ceremonia del “bautismo de las aguas”: “Poco antes del mediodía, el Rey Miguel I y el mariscal Antonescu llegaron a la orilla del Dambovitza, río que atraviesa Bucarest, donde se celebró la solemne ceremonia en que el patriarca de la iglesia rumana arroja una cruz a las aguas del río. Asistieron al acto todos los miembros del Cuerpo diplomático, los ministros y subsecretarios y numerosas autoridades militares y civiles. A continuación las tropas de la guarnición de Bucarest realizaron un desfile ante el Soberano<sup>37</sup>. Religión y política mezcladas en un acto de carácter más reaccionario que fascista.

La misma interpretación se le dio a la participación de Rumania en la guerra contra Rusia. La definición que la prensa española daba de este frente como “cruzada” encontraba, en el caso rumano, mayores argumentos. “En el aspecto espiritual, Rumania ha declarado oficialmente “guerra santa” su guerra contra los sin Dios. El cisma ortodoxo, profesado por los rusos antes del comunismo, es la misma religión del pueblo rumano [...] Los capellanes militares de Rumania entran en Rusia con

sus cruces griegas y sus iconos bizantinos, sintiendo de un modo más íntimo la reconquista religiosa, aunque les falte, naturalmente, por la limitación nacionalista de su cisma, el aliento ecuménico y misionero de Roma<sup>38</sup>.

En esta justificación religiosa de la guerra en Rusia encontramos un rasgo llamativo: la diferente actitud que la prensa española mostró con respecto a la ortodoxia serbia y a la rumana. Si con la primera se mostraba severa, responsabilizándola de ser la principal causa del atraso y la perversión de los serbios frente a los croatas, a la segunda se la ensalzaba, aunque siempre desde un punto de vista paternalista y situándola en toda ocasión por debajo de la confesión católica. El periodista Ernesto La Orden, por ejemplo, escribía que el pueblo rumano era digno de admiración, “casi enteramente rural, en el que alienta un espíritu religioso vivísimo [...] El pueblo rumano tiene una fe viva, guarda el respeto a sus popes, vive y muere bajo la sombra de la cruz y no se ha contaminado de comunismo en una vecindad de cinco lustros”. La explicación a esta situación, tan distinta de los campesinos de otros países, estaba en la juventud de Rumania como país: “Sea cualquiera el grado de frivolidad de sus clases altas, el mal ejemplo no ha tenido todavía tiempo de fructificar”. La Orden ensalzaba la abundancia de signos cristianos que se podían encontrar en Rumania, las numerosas cruces y pequeñas iglesias bizantinas, y el hecho de que cada casa tuviera un rincón reservado para las imágenes, que eran fervorosamente veneradas por la familia. Prueba de la moral privada del campesinado era, además, la alta tasa de natalidad. Esta devoción también se manifestaba, como ya hemos visto, en la pompa oficial: “El rey besa en todas las ceremonias los iconos que le presenta un mitrado y en los desfiles militares hemos visto al capellán marchar delante de su regimiento, como abriéndole el paso con su cruz<sup>39</sup>.”

Pero era preciso conciliar ese ferviente apoyo católico con las raíces ortodoxas de la realidad política rumana que se estaba exaltando. Para ello, se subrayó la cercanía y proximidad de la ortodoxia rumana al catolicismo. En palabras del arzobispo católico de Bucarest, Monseñor Alejandro Cisar:

<sup>35</sup> Pall, Francisco, S. I. “El pueblo rumano y su lucha secular”. *Razón y Fe*. 1944. Tomo 129, 397.

<sup>36</sup> *Ibid.*

<sup>37</sup> *Ya*. 7 de enero de 1942.

<sup>38</sup> *Ya*. 10 de mayo de 1942.

<sup>39</sup> *Ibid.*



“Si el pueblo rumano hubiera tenido la fortuna de continuar unido a la Iglesia católica, los rumanos tendrían ahora la misma fe profunda de los bretones, los irlandeses o los tirolese”<sup>40</sup>.

La influencia católica era intensa en un país de mayoría ortodoxa porque muchos acudían a los cultos católicos; incluso el mismo Codreanu había recibido lecciones de doctrina católica<sup>41</sup>. Todo ello no hacía otra cosa que despertar la esperanza de una posible recuperación de los ortodoxos rumanos, quienes, a diferencia de los serbios, se encontraban muy próximos a Roma:

“Os digo que para un católico sincero, que sienta el espíritu apostólico de la Acción Católica, no cabría más bella perspectiva que ésta de ver de vuelta en la casa paterna a todos los hijos ausentes de los Balcanes. Su cristianismo es puro, casi primitivo, y no está inficionado de herejías, pero languidece sensiblemente y está falto de frutos, como una rama desgajada del tronco de San Pedro. Su Santidad Pío XI manifestó repetidamente su preocupación por las Iglesias orientales. Yo os digo que al visitar aquellas iglesias bizantinas, llenas de iconos cándidos y de menudos cirios, mientras trabaja sobre mi pecho la señal de la Cruz, le pedí muchas veces al Pastor Divino que reúna en el único redil a todas las ovejas de su rebaño”<sup>42</sup>.

En conclusión, las publicaciones católicas españolas transmitieron una imagen distorsionada de la figura de Codreanu y la Guardia de Hierro, al presentarlos como un movimiento reaccionario y cercano a sus propias tesis, ignorando su carácter fascista. No les costó mucho esfuerzo, pues dejarían a un lado las referencias a esta organización y a su líder cuando las circunstancias impusieron un cambio de discurso, trasladando la atención a Ion Antonescu y su régimen reaccionario. Eran los reflejos interesados de la óptica católica. También la prensa falangista—desde sus problemas y tensiones internas— buscó transmitir una imagen tan subjetiva como conveniente de la experiencia fascista rumana.

## 2.2. La visión falangista

Si los rotativos católicos pasaron por alto los rasgos fascistas del movimiento legionario, periódicos como *Arriba* o *FE* hicieron justo lo contrario: dejaron en un segundo término un elemento tan importante de la Guardia de Hierro como era el componente cristiano. Es más, la espiritualidad que se reflejó en sus páginas al escribir sobre Rumania se aleja mucho de la cristiana. No hubo en ellos lamento alguno por la ortodoxia del cristianismo rumano; tampoco se publicaron más noticias que las ordenadas por consigna referentes a las ceremonias religiosas. Porque la espiritualidad a la que los falangistas hicieron referencia fue la más ancestral, cimentada sobre supersticiones y dioses paganos: una espiritualidad más cercana a los movimientos fascistas que a los conservadores.

El ejemplo más significativo de este enfoque de la espiritualidad rumana lo encontramos en el diario *Arriba*. El corresponsal Juan M. de la Aldea escribió un reportaje referido a la veneración que el campesino rumano sentía por la tierra<sup>43</sup>. Esta devoción habría sido iniciada por los dacios, inspirados en el culto por Zaratustra. Según la tradición persa, se basaba en la alianza conyugal entre “Aura Mazda”, dios del cielo, y “Spenta Armaiti”, divina personificación de la “Terra Mater”. Posteriormente, los legionarios de Trajano adoptaron dicha creencia indígena, conformándose una tradición que pasaba de padres a hijos, “y por la cual sabemos que en estos países, esencialmente campesinos, la tierra es considerada como una deidad a la cual debemos respeto, amor y consideración”<sup>44</sup>. Como prueba de esta veneración a la tierra se decía que el campesino rumano, al rezar, inclinaba la frente hacia el suelo, implorándole a la tierra en vez de al cielo, pues la tierra encarnaba para él la divinidad ya que de ella surgió el primer hombre y proporcionaba los frutos de la naturaleza<sup>45</sup>. Así, según la tradición popular, se consideraba pecado mortal escupir sobre la tierra, injuriarla o pisotearla con enojo; los alfareros, por esta misma causa, recibirían un castigo ejemplar el día del Juicio Final por la

<sup>40</sup> Ibid.

<sup>41</sup> La Orden Miracle, Ernesto. “El Arzobispo latino de Bucarest, Monseñor Cisar, habla para “Ecclesia” de la Iglesia católica rumana”. *Ecclesia*. 15 de diciembre de 1941, 17.

<sup>42</sup> Ibid., 18.

<sup>43</sup> De la Aldea, Juan M. “El místico culto de los campesinos rumanos a la tierra”. *Arriba*. 9 de noviembre de 1943.

<sup>44</sup> Ibid.

<sup>45</sup> Ibid.

monstruosidad de su profesión. “Para la creencia popular, la tierra es tan sagrada como para aquellos antiguos colonos que inmolvaban vidas y bienes a su divinidad para congraciarse con ella o recabar su protección y ayuda”<sup>46</sup>.

La tierra era precisamente un símbolo importante en los rituales de la Legión. Y es que Codreanu y los suyos no eran ajenos a esta espiritualidad pagana, en un desarrollo de su paroxismo religioso. Y es a esta espiritualidad a la que la prensa falangista dedica mayor atención a la hora de referirse a Rumania, dejando en un segundo plano la ortodoxa oficial.

Pero no sólo en lo referente a la religiosidad la prensa de Falange transmitía una imagen claramente fascista de la Guardia de Hierro. Si en el referido artículo de Ernesto La Orden se interpretaba su ascenso como una reacción a la desacreditada política liberal, para los falangistas la fuerza de los legionarios rumanos estaba directamente vinculada al avance de las potencias del Eje. Para el enviado especial de la agencia EFE, Giménez Arnau, el crecimiento de la Guardia de Hierro era una consecuencia natural de la nueva situación internacional caracterizada por el triunfo bélico del Eje. Los acontecimientos exteriores habrían sido el fundamento y la razón de los movimientos políticos internos que, según el cronista, se habían producido y habrían de producirse en Rumania, no descartando que en un futuro próximo se vieran miembros de la Guardia de Hierro en el gobierno<sup>47</sup>. Ciertamente, el rey Carol terminó por dar a la política exterior rumana una orientación similar a la que preconizaba Codreanu, pero demasiado tarde: Rumania perdió Besarabia, Transilvania y Dobrudja tras los dictados de Viena.

“La nación comprende sólo entonces el gran error de una política exterior equivocada, que durante diez años estuvo preparando la catástrofe. Comprende eso como comprende la intención del Capitán, cuando tres años antes, en una Europa todavía en paz, se quiso poner al lado de las naciones que luchaban por las revoluciones nacionales”<sup>48</sup>.

Cuando Carol abdicó en favor de su hijo Miguel, la prensa falangista hizo una lectura del advenimiento victorioso de la Guardia de Hierro. “Así se aleja por el foro [...] el rey que perdió su trono por jugárselo a una sola carta. Se va derrotado, vencido, por la sombra de Codreanu”<sup>49</sup>. Por fin había en Rumania un régimen realmente fascista, con la Guardia de Hierro como garantía de pureza ideológica. A partir de entonces, fueron numerosas las páginas de los diarios falangistas dedicadas a resaltar el tándem Antonescu-Sima. El diario FE publicaba un gran titular, cuatro días después de la abdicación de Carol, en el que aseguraba el apoyo incondicional de Rumania al Eje. Según declaraciones de Horia Sima, la política extranjera mantendría así la orientación que Codreanu había fijado.

“La victoria del movimiento legionario significa igualmente que el Eje está presente en la región del Danubio y que un nuevo orden durable se ha establecido en los Balcanes [...] En Rumania, Inglaterra no tiene nada que decir. Según el deseo de los legionarios, las relaciones con Italia deberán estar basadas sobre ideas comunes y estrecha camaradería”<sup>50</sup>.

Sima daba tres motivos por los cuales su país debía situarse al lado del Eje: por un lado, porque era el mejor camino para acabar con el comunismo; en segundo lugar, porque sólo el Eje era capaz de imponer el nuevo orden; y por último, porque sólo su victoria podía devolver Europa a los auténticos europeos: los arios<sup>51</sup>. Era evidente que los falangistas españoles soñaban con una España alineada en el mismo bando.

Si la política exterior rumana les ratificaba en sus convicciones, llamaban también su atención los proyectos para la configuración interna de Rumania, muy en especial la organización sindical:

“... los obreros serán agrupados profesionalmente en entes de tipo estatal y presididos necesariamente por un legionario, que garantizará en el futuro la perseverancia de la línea de justicia social, que la sola presencia del

<sup>46</sup> Ibid.

<sup>47</sup> Crónica de Giménez Arnau. “El futuro de la política rumana” FE. 23 de agosto de 1940.

<sup>48</sup> Crónica de Giménez Arnau. “Codreanu y la política exterior rumana”. *Arriba*. 1 de enero de 1941.

<sup>49</sup> FE. 7 de septiembre de 1940.

<sup>50</sup> Agencia EFE. “El nuevo régimen rumano busca un apoyo incondicional del Eje”. FE. 10 de septiembre de 1940.

<sup>51</sup> Arnau, Giménez. “Rumania ama a España en primer lugar porque es falangista”. *Arriba*. 2 de enero de 1941.

movimiento legionario bastó para que fuese iniciada espontáneamente”<sup>52</sup>.

En ese esquema, la propiedad y la iniciativa privadas serían respetadas, aunque el capital “deberá comprender los nuevos tiempos”<sup>53</sup>. La prensa falangista, por consiguiente, miraba hacia otro lado ante los aspectos religiosos de la Guardia de Hierro. Lo que se destacaba del movimiento de Sima era su racismo, el control de la economía por parte del Estado y el explícito apoyo al Eje. La estrecha identificación FE-Guardia de Hierro intentaba arrastrar a España a seguir los pasos del gobierno rumano. No en vano, las publicaciones falangistas hicieron todo lo posible por destacar la hermandad que tenía su movimiento con la Guardia de Hierro. “Nosotros –afirmaba Horia Sima– amamos a España, en primer lugar, porque es falangista”<sup>54</sup>. Esta hermandad se manifestó en varias ocasiones, como cuando una misión española, presidida por el delegado nacional de Organizaciones Juveniles, Sancho Dávila, visitó Rumania en 1939. “Y entre muchas pruebas de afecto oficial, entre las cariñosas aclamaciones del pueblo rumano, la Guardia de Hierro hizo llegar el testimonio más emocionante que recogieron durante su viaje”<sup>55</sup>. Un legionario, escapado del campo de concentración de Miercurea Ciucului, les hizo llegar a los falangistas un mensaje de apoyo y una cruz votiva rumana tallada a mano<sup>56</sup>. Estas relaciones, no obstante, no estaban exentas de cierta soberbia por parte española, al ver en Rumania una especie de “hermana menor”, que fue “civilizada” por un hispano, y cuyo cristianismo no alcanzaba la perfección española por culpa de su ortodoxia. Sirva un ejemplo: el delegado nacional de Organizaciones Juveniles español, Sancho Dávila, se expresó, durante una visita a Rumania en 1939, siempre en castellano porque “nuestro habla ha fundado civilizaciones”<sup>57</sup>.

Esta mutua simpatía se explicaría por el común “sentimiento heroico y militar de la existencia” y “en el destino ejemplar de sus dos capitanes”<sup>58</sup>. Precisamente el destino paralelo de Primo de Rivera y Codreanu era habitualmente recordado por los rotativos falangistas como un denominador común con los legionarios. Las juventudes falangistas con José Antonio hacían lo mismo que sus homólogas rumanas a la hora de conmemorar el aniversario de la muerte del Capitán<sup>59</sup>. Del mismo modo que murió el fundador de la Falange en la prisión de Alicante, murió dos años después el líder rumano; igual que los legionarios acababan de recuperar los restos de Codreanu, los falangistas habían recogido antes el cuerpo de Primo de Rivera para enterrarlo en El Escorial. “Y es por ello por lo que los falangistas españoles desean expresar su comprensión a los camaradas legionarios; porque unos y otros estamos recorriendo un camino similar [...]”<sup>60</sup>.

En noviembre de 1940 se publicó en nuestro país la noticia del homenaje a la memoria de José Antonio por parte del Movimiento legionario, en el que participaron Horia Sima, varios ministros y representantes diplomáticos de España, Alemania, Italia y Portugal. Tras un acto religioso en la catedral de Bucarest, los asistentes portaron una corona de flores ante un túmulo colocado en la Casa de los Legionarios para honrar la memoria del fundador de la Falange. Ese mismo día, los periódicos rumanos publicaron el testamento político de Primo de Rivera y señalaron la afinidad ideológica entre ambas organizaciones<sup>61</sup>. También el rey Miguel manifestó, en la presentación del ministro de España en Bucarest, el conde de Casas Rojas, las simpatías hacia el movimiento falangista. “En la actualidad –afirmó el monarca– [...] la Rumania legionaria se siente orgullosa de sus relaciones con el heroico movimiento falangista”<sup>62</sup>. En la ceremo-

<sup>52</sup> Ibid.

<sup>53</sup> Ibid.

<sup>54</sup> Ibid.

<sup>55</sup> *Arriba*. 22 de septiembre de 1940.

<sup>56</sup> Ibid.

<sup>57</sup> *Arriba*. 28 de junio de 1939.

<sup>58</sup> Ibid.

<sup>59</sup> Editorial. “Corneliu Codreanu”. *Arriba*. 28 de noviembre de 1940

<sup>60</sup> Ibid.

<sup>61</sup> *ABC*. 23 de noviembre de 1940.

<sup>62</sup> *FE*. 21 de diciembre de 1940.

nia se recordaron a las sempiternas figuras de Motza y Marin, los legionarios muertos en Majadahonda en 1937, que también sirvieron para subrayar la hermandad hispano-rumana.

Para terminar de cuadrar una imagen adecuada, los periódicos de FET-JONS realizaron un tratamiento singular de la figura de Antonescu, convirtiéndole en un gobernante plenamente identificado con la Guardia de Hierro. Haciéndose eco de unas declaraciones del “Conducator” hechas al corresponsal en Bucarest del rotativo *Voelkischer Beobachter*, el diario FE publicaba las siguientes palabras de Antonescu:

“...el mérito de la juventud, para la cual Zelea Codreanu representa el martirio y su nobleza simbólica, es el haber emprendido la lucha contra el antiguo régimen. Es la misma lucha que también llevé yo, y que se proseguirá hasta lograr la ruptura de todos los obstáculos y el establecimiento de la estructura natural y definitiva de la sociedad rumana, y hasta lograr que el sentido de la palabra “rumano” se convierta en una realidad”<sup>63</sup>.

También recogieron otras frases en las que el jefe del gobierno se identificaba con el partido, sugiriendo una comunión de intereses que la propia Falange deseaba alcanzar en la España de Franco.

“Antonescu afirmó que el régimen nacional legionario, fundado por él y en el cual el movimiento legionario de Horia Sima representa el elemento dinámico, significa el derecho a la dirección del Estado por cada personalidad, en razón de todo mérito y de toda acción sincera y consciente de responsabilidad. Este régimen expresa la voluntad de una renovación total y orgánica del pueblo rumano [...] El general Antonescu termina declarando su admiración a las ideas y fuerza política del Eje, a las que Rumania se adhiere como representantes que son del nuevo mundo”<sup>64</sup>.

Las intenciones de la prensa falangista —pretendiendo ofrecer una imagen de Antonescu que debía seguir, presuntamente, Franco— pronto queda-

ron defraudadas. A comienzos de 1941, el reaccionario general se deshizo de la Guardia de Hierro con una dureza muy lejana a las maniobras sutiles del dictador español. El periódico *Arriba* comenzó a arremeter contra lo que consideraban una insoportable traición. Los sucesos de Rumania los sintieron como en carne propia porque existía el riesgo de que algo similar sucediera en España. Para *Arriba*, las tensiones rumanas eran “el suceder lógico de un proceso revolucionario traicionado y escamoteado por la reacción”<sup>65</sup>. Y la respuesta no podría ser otra que la violencia porque “cuando se hace abortar un Movimiento no se consigue sino desenfrenarlo, y al propósito normal de orden sucede el ímpetu vengativo y demagógico”<sup>66</sup>. Grave preocupación les despertó el gesto de Antonescu de asumir la dirección de la Legión, tal y como había hecho el propio Franco en el Decreto de Unificación de abril de 1937:

“... la reacción, satisfecha, ha creído que podía asumir el mando de ese Movimiento para exhibirlo como etiqueta de su segunda intención, sin compartir ni entender para nada su profundo sentido, su auténtica razón, su dogma, su propósito y su estilo”<sup>67</sup>.

No hacía falta ni siquiera leer entre líneas para saber por dónde iban las críticas del rotativo falangista. La reacción se había apoderado de los elementos formales de la Legión para vaciarlas de contenido, intentando engañar así a los legionarios. Pero éstos habían sabido responder, según *Arriba*, aun a riesgo de “... una liquidación mucho más grave del pleito rumano, en el que la traición reaccionaria al Movimiento legionario sólo ha triunfado en apariencia, para parecer pronto quizá el triunfo —aún posible— de una verdadera Rumania, o quizá con la pérdida entera del país, incorporado al más fuerte de los diversos apetitos próximos”<sup>68</sup>.

El triunfo final del mariscal Antonescu provocó un agrio editorial en el periódico que, en realidad, suponía una crítica acerada al comportamiento tibio de la dictadura franquista por su falta de auténtico espíritu falangista revolucionario:

<sup>63</sup> Agencia EFE. “Interesantes declaraciones del general Antonescu sobre el contenido del Movimiento legionario”. *FE*. 16 de octubre de 1940.

<sup>64</sup> *Ibid.*

<sup>65</sup> “El caos de la revolución estrangulada”, *Arriba*, 26 de enero de 1941

<sup>66</sup> *Ibid.*

<sup>67</sup> *Ibid.*

<sup>68</sup> *Ibid.*

“[...] Y ahí está ese otro fantasma totalitario de Rumania, con razones sobradas para la más eficaz meditación, tratando de edificar un régimen o defender un Estado con viejos tópicos paternales, propios de dinastías y sistemas caducos, invocando la vaga buena fe general como arma de fusión popular, y destruyendo, para no poner en peligro esa unidad, al único instrumento que por lógico principio era capaz de salvarla.

Todo ello no es –en el mejor caso– sino pacifismo conservador, pillería infantil o incurable decadencia. Si los simuladores traicionan o no con ello el destino de sus patrias no es cosa que nos preocupe con exceso; lo que no deseamos es formar en el coro de los que –interesada e ingenuamente– fingen tragarse el anzuelo y considerar poco menos que aleccionadora esta especie de prestidigitación política con la que se pretende hacer pasar ante la Europa nueva el gato liberal por liebre totalitaria.

Por una parte, sabemos que el Estado totalitario –como hemos dado en llamar al de las dictaduras nacionales modernas– no es sino el instrumento de la revolución que aspira a sustituir el orden averiado por otro nuevo y consistente: en esta profunda operación revolucionaria está el secreto y la verdad; lo otro, el montar las dictaduras con más o menos apariencias imitativas, no es, no será nunca sin aquello, más que un fraude histórico que esos mismos pueblos padecerán en su propia carne, con su ruina y su fracaso.

Por otra parte, sabemos también que esas dictaduras nacionales son las únicas dotadas con resortes para imponer –que no recomponer– las unidades desbaratadas; pero para ello es preciso que estén encarnadas, servidas y poseídas por quienes tienen de la unidad un sentido profundo, afirmativo, exigente, rigurosamente doctrinal y activo, y no un sentido sentimental, idílico, pacifista e incondicional; es decir, que todo régimen totalitario supone necesariamente la existencia eficaz, verdadera y no simulada de un movimiento minoritario, intransigente, armado y victorioso, pleno de doctrina y de conciencia. De lo contrario, el

Poder –disfrutado, que no ejercido– sobre principios básicamente liberales no es más que un secuestro o una tiranía”<sup>69</sup>.

No podía ser más feroz la crítica contra el propio régimen franquista y el sector “acomodado” de Falange. Los sucesos de Rumania brindaron una oportuna excusa a los falangistas para burlar la censura del momento y poder desahogarse ante un sistema que, cada vez más, se escoraba con pragmatismo hacia el sol más adecuado por más que aún mantuviera una cierta estética, unos ademanes y un discurso recurrente de inspiración fascista. Ante el temor de seguir los mismos pasos que la Guardia de Hierro, resultaba significativo que se hablara más de “Movimiento” y “reacción” que de “Legión” y “Antonescu”. Ni Franco terminaba de sumarse a las empresas bélicas del Eje, ni la FET-JONS parecía destinada a ocupar el lugar que pensaba le correspondía por derecho propio en el espíritu de la revolución nacional-sindicalista.

Como sabemos, la realidad posterior confirmaría las peores sospechas falangistas. España fue paulatinamente desenganchándose de las potencias del Eje. La censura prohibió toda referencia a la Guardia de Hierro y la prensa falangista tuvo que acatar órdenes. Mientras el gobierno español coqueteó con el Eje se dejó rienda suelta a los sueños revolucionarios del fascismo español, pero el avance aliado impuso la incontrovertible ley de los hechos. Y la prensa falangista hubo de plegarse: en el segundo aniversario de la abdicación del Rey Carol, *Arriba* dedicó un extenso reportaje a un alabado Antonescu: “hace dos años que el mariscal Antonescu, en el momento más desesperado, se encargó de la misión de salvar a su patria [...] con su heroica contribución a la guerra contra los soviets, Rumania se ha incorporado como factor esencial al nuevo orden europeo”<sup>70</sup>. El traidor de ayer era el héroe de hoy: Antonescu fue definido como uno de los hombres “que están escribiendo las páginas más arriesgadas y meritorias de la historia de la Humanidad”<sup>71</sup>. Hasta el nombre de la Guardia de Hierro desapareció. Y tampoco nada se escribió sobre ella cuando *Arriba*, en 1944, publicó otro de los numerosos reportajes históricos que se podían leer en la prensa española del momento referentes a la historia de más reciente de Rumania<sup>72</sup>.

<sup>69</sup> “Lo que está claro”. *Arriba*. 18 de febrero de 1941.

<sup>70</sup> *Ibid.*

<sup>71</sup> *Ibid.*

<sup>72</sup> “Rumania es el país que ha sufrido más invasiones”. *Arriba*. 1 de octubre de 1944.

Este silencio sólo se rompió cuando la guerra ya había terminado en Europa. Donato León Tierno, aprovechando unos comentarios al libro de Hernán Bastida *“Rumania, de la Guardia de Hierro a la Guardia Roja”*, afirmó que en las páginas de aquel movimiento pretérito se adivinaba un paraíso perdido:

“... un sentimiento de dolor ante la desaparición de la Guardia de Hierro, la milicia de San Miguel Arcángel, formada por hombres que supieron luchar y morir en las calles, campos y cárceles después de haber hecho los tres votos monásticos de pobreza, castidad y obediencia. Los que supieron morir para mantener grande y gloriosa una proyección romana e hispánica frente a Asia, los que todo lo dieron por la continuidad de la obra más perenne de nuestro Trajano. Y dos jefes de la Guardia de Hierro (los más íntimos de su capitán) vinieron a España y murieron en el frente de Madrid. Sus huesos, ya calcinados, descansan en tierra española. [...]”<sup>73</sup>.

A esas alturas, el falangismo español podía suscribir un lamento similar. No en vano, en su propia entraña se habían fusionado dos tradiciones. Una católica (derivada del carlismo y del integrista) y otra “laica” (dotada de un aire modernizador que entroncaría con Dionisio Ridruejo, por ejemplo). Fácilmente, las circunstancias pudieron imponer la una sobre la otra.

### 3. A MODO DE CONCLUSIÓN

Como hemos visto, el interés por Rumania y la Guardia de Hierro fue común en todas las publicaciones periódicas españolas. En términos generales, la Guardia de Hierro conoció una carrera más meteórica que la Falange, consecuencia de la mayor inestabilidad de Rumania. Las interpretaciones sobre aquel movimiento desde la prensa española, sin embargo, registraron matices bien diferenciados y muy significativos.

Hasta 1943, la prensa católica española hizo una interpretación conservadora y reaccionaria de

los movimientos fascistas del momento, ignorando toda característica totalitaria que no casara bien con sus concepciones: destacaban sobre todo el anticomunismo, el antimaterialismo y el antijudaísmo<sup>74</sup>, elementos que los acercaban al ideario conservador de la Iglesia más reaccionaria. En el caso de Codreanu, esta interpretación resultaba más viable en virtud del cristianismo del Capitán y sus seguidores. El cambio de apoyos políticos desde la Guardia de Hierro al régimen reaccionario de Antonescu –más cercano al ideario de nuestra jerarquía– facilitó las acostumbradas interpretaciones de nuestra prensa católica. El proceso se intensificaría a partir de 1943, cuando el desarrollo de la campaña en Rusia fue evidenciando la derrota de las potencias de Eje y el viento comenzó a soplar a favor del alejamiento de los fascismos.

Obviamente –y por las mismas razones– estos cambios resultaron más traumáticos para la prensa falangista. La Guardia de Hierro encarnaba un movimiento hermano por el que la Falange más extrema sentía gran cercanía y su prensa, al contrario que las publicaciones católicas, se entusiasmó con los detalles de los elementos más fascistas, postergando el cristianismo tan alabado por la Iglesia de nuestro país. Además, los rotativos falangistas interpretaban los acontecimientos de Rumania bajo la luz de lo que ocurría en España. De este modo, no se trataba sólo de defender un movimiento hermano: Rumania fue un ejemplo de lo que debía o no hacerse y representó un pretexto para decir lo que sentían evitando –o creyendo evitar– los rigores de la censura gubernativa franquista. De hecho, el espejo rumano desapareció en 1941 y la evolución de la guerra mundial –junto con el supremo objetivo de la pervivencia del régimen de Franco– determinó que el silencio se cerniera sobre los ecos de la Guardia de Hierro. A la Falange no le quedaba más remedio que perecer de ensoñación por el pasado perdido, o adaptarse a los tonos grisáceos, prosaicos y pragmáticos de la posguerra española. Los aliados habían ganado la guerra y sólo la guerra fría permitiría un incómodo resquicio de supervivencia.

<sup>73</sup> León Tierno, Donato. *FE*. 10 de junio de 1945.

<sup>74</sup> Sobre la actitud de la Iglesia ante el fascismo italiano y el nazismo remitimos a Lazo Díaz, Alfonso, *La Iglesia, la Falange y el Fascismo. Un estudio sobre la prensa española de posguerra*. Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995.